"Mexicanos —exclamó quedamente—, que mi sangre sea la última vertida y mi desgraciada patria adoptiva pueda un día levantarse. ¡Dios bendiga a México!"

Fueron sus últimas palabras. Una detonación atronó el espacio. En el polvo del cerro se fundieron las sangres de un indio, un criollo y un príncipe europeo que pagó con su vida la ambición y la codicia ajenas.

Se habían matado en él a todos los imperialismos del futuro.

XXVI

EL EXODO FUNEBRE

Todo había terminado cuando el rubio archiduque de Austria cayó ensangrentado junto a Miramón y Mejía en la yerma falda del Cerro de las Campanas.

Se hizo un silencio profundo en el que aleteaba la consternación general. Hasta aquellos que habían apuntado contra el Emperador y palpaban tristemente la onza de oro que les había entregado como regalo postrero, miraban con pesadumbre el cuerpo inerte del hombre a quien le había tocado ser la víctima de un magno error.

Sus criados Grill y Tudos, de los pocos servidores del Imperio a quienes se dejó en libertad, contemplaron la dolorosa escena con la angustia en el alma y los ojos cintilantes de lágrimas.

Tudos apretaba como una reliquia el pañuelo con que Maximiliano se enjugó el sudor y que le había entregado como recuerdo para su madre, la Archiduquesa Sofía. También el sombrero blanco jarano que el Emperador había dejado a un lado junto a su gran paletó gris fueron recogidos con unción.

A poco se presentaron los camilleros. Venían a recoger los cadáveres de los fusilados y el del Emperador fue llevado al Convento de las Capuchinas de donde había salido hacia el cadalso unas horas antes. Allí se procedió a embalsamar el cuerpo y se le

colocó en un sencillo ataúd negro que fue depositado provisionalmente en el entresuelo de una casa particular acabada de designar para Palacio de Gobierno.

Quedó solo, sin pompas ni honores, durante algunas semanas, pues aunque el Ministro de Austria hizo las gestiones necesarias para que se le entregara el cadáver, la solicitud no fue atendida de inmediato.

Lo propio hizo también sin éxito, el doctor Basch a quien Maximiliano había encargado en vida la conducción de su cadáver a Viena.

Parece como si aún en la muerte, el Emperador habría de sufrir olvidos y abandonos. Porque no se explican las negativas de las autoridades juaristas para cumplir de inmediato con los últimos deseos del Monarca; ni había por qué conservar aquel ataúd en un triste sótano cuando ya todo estaba terminado y lo humano hubiese sido entregar sus despojos sin más trámites a las personas designadas por él mismo.

Todavía permaneció allí unos meses más, antes de que por fin se le trasladase a México, donde se le colocó en lo que hoy es la Escuela de Medicina.

El gobierno liberal que ya se había establecido de nuevo en la Capital, ponía como condición para la entrega de los restos del Archiduque, que la propia casa real de Austria hiciera la reclamación en forma oficial, quizá buscando así un tácito reconocimiento a la República.

Así fue, pues, cómo el efímero Emperador, ya muerto, tuvo que permanecer en su patria de adopción, todavía cinco meses más. Hasta noviembre de 1867, el Vicealmirante austriaco Teghettoff consiguió que se le hiciera la fúnebre entrega, no sin antes haber presentado a las autoridades juaristas respectivas, el documento de solicitud de Francisco José que lo autorizaba para tal gestión. Y en ese mismo mes partió para Trieste con su triste carga.

Como coincidencia, la fragata que comandaba Teghettoff era la *Novara,* la misma que tres años antes, en mayo de 1864, había traído a aquel rubio príncipe austriaco de treinta y dos años, escogido para reinar en un país en llamas. Desde la misma cubierta donde el Vicealmirante veía desaparecer la costa tropical veracruzana, había el príncipe tendido su soñadora mirada azul sobre el horizonte de palmeras, creyendo que venía a redimir y salvar aquel exótico país desconocido.

Antes de hacer su último viaje a Trieste y más tarde a la cripta de las Capuchinas de Viena en noviembre de 1867, el cadáver del Emperador fue visitado por Juárez. Acompañado el Presidente republicano por su inseparable Ministro Lerdo de Tejada, acudió al entonces Hospital de San Andrés, donde se encontraba el ataúd.

Fue la primera y única vez que estaban en un mismo sitio los dos contrincantes del fatídico Imperio. Grave y austero, don Benito se acercó al féretro y sin musitar palabra, lo contempló por largo rato. De pronto, extrañamente empezó a medir el inerte cuerpo del archiduque con la palma de su mano extendida. Y al terminar la macabra tarea, dijo en voz baja, como hablando para sí mismo:

"No fue tan proporcionado: sus piernas eran demasiado largas para su talle".

¡Unica debilidad del gran patricio que a base de fe y voluntad había sabido rechazar una invasión y forjar una patria! Aquella rara actitud suya no era sino un secreto complejo ante la belleza física del príncipe caído que, como todo en él, formaba un

violento contraste junto a la pequeña y cuadrada figura de bronce del estoico indio de Guelatao.

El 16 de enero de 1868, siete meses después de muerto, se desembarcó en Trieste el cadáver del Emperador de México.

Carlota ya había sido trasladada al castillo de Laecken en Bélgica desde julio anterior, por lo que no le fue dado, ni en la vida ni en la muerte, ver una vez más a su esposo de quien se separó para siempre en el lejano México en julio de 1866.

El cortejo fúnebre pasó por la enlutada Trieste con rumbo a Viena en medio de una copiosa nevada. El sepelio fue dispuesto de acuerdo con la pompa imperial de la casa de Austria, rindiéndose honores regios y la más principesca suntuosidad al finado Archiduque de Habsburgo. ¿Trataba así Francisco José de enmendar tardía e inútilmente la cruel indiferencia con que abandonó a su desgraciado hermano a su fatídica suerte en México?

Varios funcionarios del imperio mexicano, el Conde de Bombelles, el Marqués de Coria, el Mayor Gunner, el Conde de Kevenhuller, el consejero Eloin, el doctor Basch y el secretario Blasio —estos últimos habían sido libertados y estaban en Europa— presenciaron el sepelio de su Emperador en la cripta de la iglesia de Capuchinas.

Allí, junto a la Emperatriz María Teresa y al hijo de Napoleón I, el Duque de Reichstadt, reposó para siempre Maximiliano.

Así terminaba en la fría losa de un sepulcro vienés el imperio de un príncipe de Habsburgo en un país de ultramar que lo venció por la fuerza del derecho.

Entre tanto, el hombre a quien más debía su tragedia, sufría en las Tullerías casi el mismo tormento del engañado Archiduque en las postrimerías de su reinado. Napoleón perdió su trono al caer prisionero de Prusia en 1870, a sólo seis años de la muerte de su víctima.

Bazaine, por su parte, sufrió el deshonor de la derrota de Metz, fue acusado de traición a Francia y al propio Napoleón a quien, decíase, quería suplantar. Fue sentenciado a veinte años de prisión en la isla de Santa Margarita, cerca de Cannes, de donde, con la ayuda de su esposa Pepa Peña, se evadió para morir exilado en Madrid en 1888.

Juárez, que apoyándose en un derecho indiscutible, tronchara aquella joven vida en plenitud de sus escasos treinta y cinco años, aún no cumplidos, también debió rendirse a la muerte en julio de 1872, un lustro solamente después de caído su enemigo.

Dos supervivientes trágicas tuvo, empero, el imperio mexicano. Eugenia que tanto influyó en su imperial marido Napoleón III para enviar a México a Maximiliano y Carlota, vivió noventa y cuatro años hasta 1920 en su destierro inglés de Camden y sufrió allí la muerte de sus más íntimos afectos: la del ex-Emperador en 1876, y la muy prematura de su joven hijo, el príncipe Luis de 23 años, que cayera dolorosa e inútilmente en una campaña del ejército expedicionario británico en Africa.

Y Carlota, la otra mujer que en su afán de gloria y poder persuadiera a Maximiliano a aceptar la trágica corona de México, vivió sesenta años después del drama de Querétaro. Primero en Miramar, después en el castillo belga de Laecken, y finalmente en el de Bouchout cerca de Bruselas, se consumió poco a poco hasta su muerte en 1927 a los ochenta y siete años. Nunca emergió de los abismos de la locura que le deparó su trágica suerte.

Ella en Bélgica y él en Austria yacen para siempre con un océano de por medio del distante país en que reinaron.

En sus tumbas se leen sus títulos: Emperador, Emperatriz de México. Y en Trieste, en Viena y Pola, se yerguen estatuas de Maximiliano como último homenaje a un príncipe de sangre.

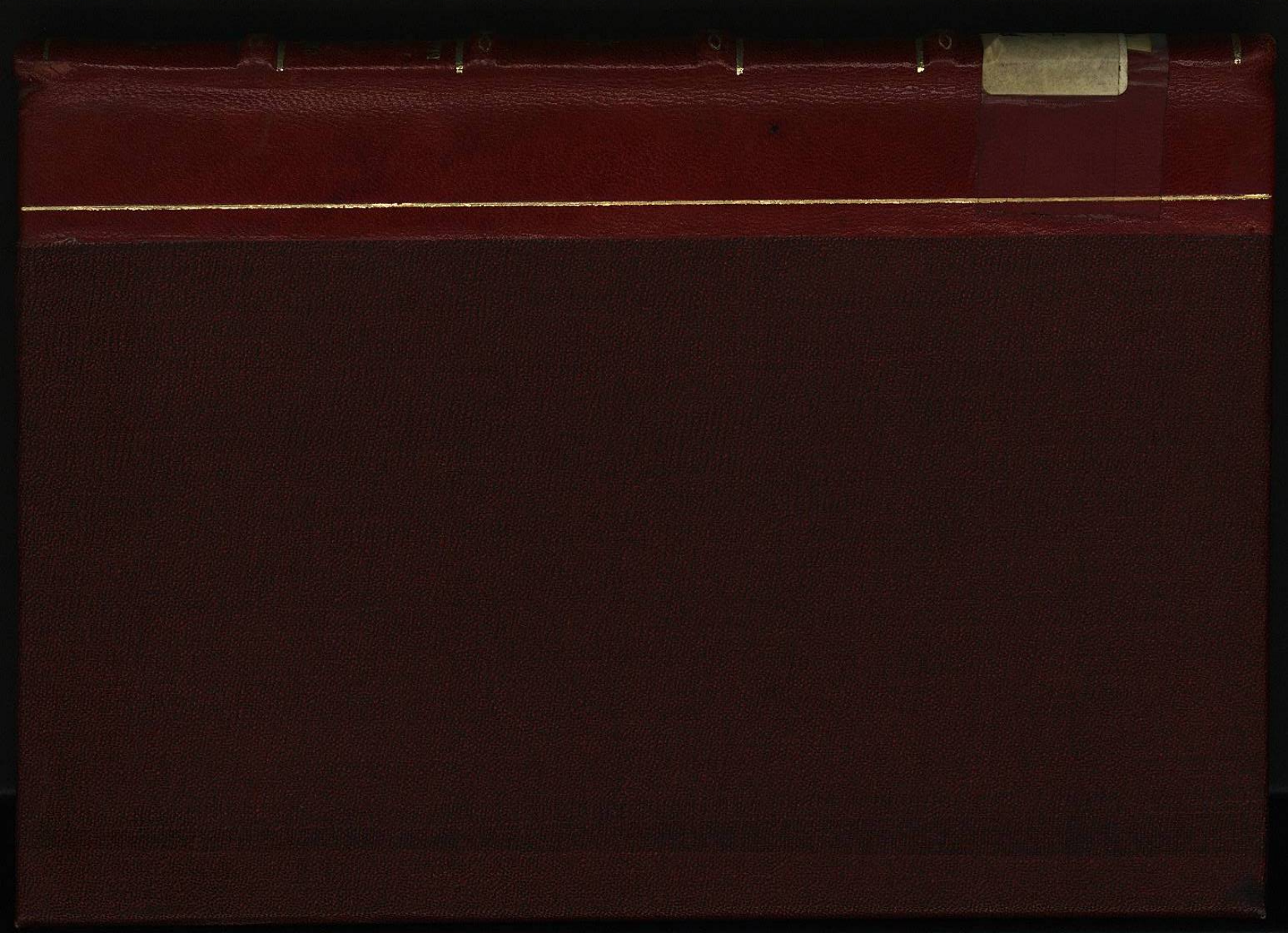
En México se les recuerda también. Pero más como personajes de tragedia que mueven a conmiseración y piedad.

Sobre los cuerpos yertos de los infortunados príncipes se eleva el espíritu de Juárez que es símbolo inmortal del derecho y la libertad.

Maximiliano y Carlota tuvieron que vivir su tragedia para que subsistiera en México y en todo país civilizado el sublime apotegma del Benemérito: EL RESPETO AL DERECHO AJENO ES LA PAZ.

FIN

CAPILLA ALFONSINA
UANL

CAPILLA ALFONSINA
U. A. N. L.

Esta publicación deberá ser devuelta antes de la última fecha abajo indicada.